

Blanca nieve, espuma el río.

La oscura selva rumores,
El torrente centelleos
De divinos esplendores,
La alameda ruiseñores,
Los ruiseñores gorjeos.

Toda la naturaleza
Cuando el sol la da calor,
Palpitaciones, grandeza,
Es mujer cuya belleza
Entra á un tálamo de amor.

Lasciva al placer arroja
Del pudor los blancos velos

Cesa su febril congoja,
Y cuando ella se sonroja
Ya tienen bajo los cielos:

Los arroyos más cristalinos
Y los cardos más espinas,
Más flores los florestales,
Más espigas los trigales,
El torreón más golondrinas!

México.

AGUSTIN F. CUENCA.

LA MAGDALENA.

La pecadora de semblante bello,
De la ciudad escándalo y desdoro,
Preséntase á Jesús sin ropas de oro
Y sin las joyas de su blanco cuello.

Vivo en los ojos del dolor el sello,
A sus plantas se postra con decoro,
Las besa y baña en abundante lloro
Y enjúgalas después con su cabello.

Mirando el corazón de Magdalena
Traspasado de misero quebranto,
Con dulcísimo acento y faz serena,

«Cesen, la dice, tu temor y espanto,
Y véte en paz y de confianza llena:
Porque amas mucho te perdono tanto.»

México.

JOSÉ SEBASTIAN SECURA.

LA PRIMERA APARICION.

Ya se cumplió la augusta profecía,
Ya está sola la cruz, el cuerpo santo
Fué conducido con dolor y llanto
Del sepulcro á la bóveda sombría.

Las horas pasan, y al tercero día
Llorosa Magdalena en su quebranto,
Al Huerto llega y llénase de espanto
Viendo la tumba del Señor vacía.

De pié y al bordo de la cripta oscura
Le dicen ¿por qué lloras desolada?
Dos ángeles de blanca vestidura

Vaeive la faz y cae arrodillada,
Que el Salvador de Magdalena impura
Se presenta á su atónita mirada.

México, Junio de 1881.

JUAN MANUEL VARGAS.

REGENERACION.

Sobre las hojas pálidas
De una modesta rosa
Dejó caer sus lágrimas
La aurora cariñosa;
Y de entonces bellísima
Se muestra aquella flor.

Así yo, triste y lánguido,
El mundo atravesaba,
Sin encontrar el bálsamo
Que en mi dolor ansiaba,
Hasta que tú, dulcísima
Me viste con amor.

Corría un arroyo limpio
Silencioso, ignorado,
Hasta que vino el céfiro
Y atravesando el prado
Rizó sus ondas tímidas
Y lo hizo murmurar.

Así durmió mi espíritu
Sin sospechar siquiera
Ese amor ardentísimo,
Inextinguible hoguera,
Hasta que dulce y cética
Tú me enseñaste á amar.

Sobre este mundo misero
La noche se extendía,
Cuando sus sombras hórridas
Con plácida alegría
Rompe luna poética
Con su argentada luz.

Mi corazón hallábase
Como entre sombras, triste,
Cuando divina y cándida
Del cielo descendiste
Y con inmenso júbilo
Rasgaste ese capuz.

Vino el cierzo cruelísimo
Con todos sus rigores;
De aquella flor bellísima
Envidia de las flores,
En un momento ¡bárbaro!
¡Las galas marchitó!

Yo soy esa flor tímida
Que tú regeneraste:
Tú eres la aurora espléndida
Que sobre mí lloraste.
¿Serás el cierzo rígido
Que á aquella flor mató?...

Lagos, Junio 13 de 1881.

RAMON H. INIARTE.